EL AMOR INCONDICIONAL:
Del amor de los padres al amor de los hijos

Los niños, al igual que los adultos, necesitan saberse amados sin condiciones. Cuando ellos se sienten queridos, se comportan como realmente son, sin miedo a ser juzgados por los demás. Actúan motivados por el amor de los padres y no por el miedo a dejar de ser queridos por ellos. Veremos en este artículo cómo se llega a desarrollar este amor de los padres, en amor de sus hijos por sí mismo y por los demás.

El origen del amor a los hijos

El niño, desde que nace y se le cuida cada vez que tiene hambre, está mojado o nervioso, siente frío, le duele algo y se le atiende con amor y tranquilidad, empieza a entender que hay alguien que le colma de cuidados cuando lo necesita y empieza a sentirse confiado, seguro, cuidado… Todas esas experiencias, principalmente corporales, se transforman en algo emocional y fundamental: la experiencia de saberse amado. Ese amor es incondicional, instintivo y el niño entiende que no tiene que hacer nada para que le quieran y le cuiden, que se le quiere sin más. Estos primeros meses de crianza son la base para el desarrollo afectivo posterior del niño, pues sintiéndose seguro y cuidado querrá explorar el mundo y relacionarse con los demás sin miedo, porque sabe que hay un lugar seguro donde se le cuida y se le quiere. Por eso hay que poner especial atención en cuidar mucho de los bebés desde los primeros días, ya que aprenden que existe un vínculo seguro con su madre y esta experiencia emocional es la base para su crecimiento posterior.

Del amor infantil al amor adulto

Desde esa experiencia temprana, el niño está centrado principalmente en ser amado y es incapaz de amar a los demás en un primer momento. Al ser pequeño, agradece y se alegra cuando se le demuestra todo lo que se le quiere. Pero llega un momento en que el niño hace algo para generar esas muestras de amor de sus padres: un dibujo, un baile, un cuento… y empieza a entender que él puede también crear amor, que está en su mano que los demás le quieran por algo que él produce. Será desde los ocho años (en unos niños antes y en otros después) cuando empieza a darse cuenta de que él puede generar que los demás le quieran también por lo que él hace y dice, por lo que es. Tendrá un amigo inseparable y confidente al que empezará a cuidar y querer, así como cuidará y aprenderá a querer a sus hermanos, moderando más la habitual rivalidad entre ellos. Más adelante, si todo va bien en la adolescencia, su hijo entenderá que es igual de gustoso amar que ser amado y llegarán los amores tempranos, en los que

nada es más importante que el amor por los amigos y por la primera pareja. En esta etapa se alejará de los padres para probar su capacidad de querer y ser querido por los demás, fuera del entorno seguro de casa. Aunque dependen del amor de los padres, lo pondrán a prueba a menudo.

Aprender a querer a los demás

Nadie va a haber en este mundo que nos quiera como nos han querido unos padres. Y esto es algo que los niños han de ir aprendiendo con el tiempo. Para que nos quieran, uno ha de saber querer también a los demás, ser generoso y tolerante con cómo es cada uno. Como hemos visto, el niño va entendiendo que él tiene poder para generar amor y amistad entre los demás y hay que orientarle y enseñarle cómo hacerlo.

Besteen maitasunik gabe ezin izango ginateke bizi mundu honetan. Umeak maitatu eta zaindu egiten ditugunean, autoestimuaren alde egiten dugu eta horrela gehiago ikastea bultzatzen dugu. Maitatutako umeek mundua bizitzeko leku seguru bezala sentitzen dute, egiten dituzten okerretatik gehiago ikasten dute eta besteei gehiago laguntzen diete; izan ere, badakite besteen lekuan euren burua jartzen eta horrek zailtasunetan laguntzera bultzatzen ditu; hau da, berari lagundu zaion neurrian lagunduko die besteei.

El niño al hacerse adulto aprende a entender y respetar las necesidades de otros, abandonando la soledad que implicaba estar todo el día pendiente de que le quieran y le hagan caso. Aprende a sentir la potencia que genera el querer a los demás. Esto no es una tarea fácil y a menudo, como nos ocurre también a los adultos, sentirá miedo y angustia ante la posibilidad de que le dejen de querer o de hacerle caso.

Pasar del amor infantil del “quiero porque me quieren” al amor adulto “me quieren porque yo también quiero” le llevará toda una vida. Pero si sabe lo que es querer a los demás por lo que son, es porque desde bebé le han sabido querer y cuidar y esto generará que se acompañe en la vida de gente amorosa y respetuosa con él.

No confundir amor con sobreprotección

Querer a un hijo no significa aprobar todas sus acciones y su forma de pensar en todo. Tampoco tiene nada que ver con ahorrarle los disgustos que se generan a veces con compañeros en el colegio o con el grupo de amigos. Si se le intenta resolver todos sus conflictos con los amigos o seres queridos, no aprenderá a hacerlo por sí mismo, ni tampoco aprenderá a reconocer sus errores si se equivoca o a pedir perdón e intentar resolver sus asuntos. Usted podrá estar ahí para apoyarle, orientarle y respetar sus decisiones, pero no va a poder hacerlo todo por él. Aliéntele a buscar soluciones y permanezca a su lado.

Hay amores que ciegan

El amor no debería cegarnos para ver qué capacidades tiene nuestro hijo y qué limitaciones. Ya que si uno piensa que su hijo lo hace todo bien y no tiene limitación alguna, no podrá respetarle tal y como es y ayudarle a desarrollar al máximo todas sus habilidades y talentos.

Eta gogoratu: seme-alabak maitatzeak ez du esan nahi horiek egiten duten edo esaten duten edo pentsatzen duten guztia onartzea, gurasoek maitatu, orientatu eta babestu egiten dituztela sentiaraztea baizik. Horrela, hazi ahala, eurek ere maitatu ahalko dituzte besteak elkarri errespetua eta maitasuna edukita.

A veces el amor a un hijo lleva a los padres a no poder aceptar sus dificultades o los errores que comete. Esto provoca que se le disculpe de todo lo que hace, ya esté bien o mal y se le lleva a pensar que es perfecto en todo, que son los demás los que se equivocan siempre y que no hay nada que aprender del resto. De este modo no asumirá sus responsabilidades, crecerá pensando que el mundo es un lugar en el que uno se tiene que defender ante los demás, quedando siempre por encima o imitando a los demás y no aprenderá a relacionarse adecuadamente, dando y pidiendo respeto y apoyo mutuo.

Recomendaciones finales

1. Dígale a menudo a su hijo todo lo que le quiere, no sólo cuando hace las cosas bien.
2. Nunca le diga que no le quiere, que le quiere más o menos que a otros cuando se porta mal.
3. Disfrute de sus hijos al máximo y hágales sentir que su existencia les hace felices.
4. Regálele su tiempo, su atención y su escucha enseñándole a escuchar a los demás.
5. Tómese en serio sus pensamientos y sentimientos e intente ponerse en su lugar de niño.
6. Explíquele el por qué le riñe y sea firme, no desvalorizándole si se equivoca y animándole a superarse.
7. Mire siempre el lado positivo y anime a su hijo a desarrollar sus habilidades al máximo.
8. Si algo no se le da bien, consuélelo y ayúdele en sus dificultades, señalándole lo que sí se le da bien.
9. Permita que su hijo escuche también lo que usted quiere a los demás (hermanos, esposo, padres…).
10. Enseñe a su hijo que él puede hacer mucho por querer a los demás y demostrarlo.

Ibone Ruiz de Velasco Artaza
Servicio de Salud Mental Infanto-Juvenil
Julián de Ajuriaguerra.